

## EL BESO DE LOS ELEFANTES

RENÉE FERRER



**P**or fin ha llegado el momento del sueño cumplido. Después de varias postergaciones, invariables debilidades ante la posibilidad de ausentarse de su rutina cotidiana, de la tediosa soledad que la persigue, Alicia se decidió a emprender el viaje. Y allí estaba, tomando sol en la costa malfitana, frente a la Gruta de la Esmeralda y las rocas enlazadas, semejantes a las trompas de dos elefantes unidos por un beso.

Sentada sobre la arena sembrada de guijarros, con el horizonte enmarcado por aquel encuentro de las piedras que forman un arco caprichoso, ella se detiene en la perennidad del instante, saboreando la frescura del viento, la playa despojada, en la cual rompen las olas niñas de un mar en calma. Nadie a la vista. Ni tropa de chiquillos correteando al sol o pelotas rodando hasta sus pies, tampoco gritos estridentes o música lánguida desde las casetas, solo el mar, ella y el mar. Y el recorrido de su memoria siguiendo el itinerario de los días sin altibajos ni emociones memorables.

El hastío de permanecer en un punto inmóvil en el medio del trayecto de la vida, y la inminencia de una floración plena

en la piel, la impulsó a hacer la maleta: dos o tres libros para unos pocos días, chalinas con que cubrir el fresco de la noche en sus hombros, unas cuantas mudas vaporosas, la malla, los lentes negros, las chinelas. El tedio y las ganas de ver otros paisajes fueron el motor de su llegada a Italia y la razón de su permanencia en aquella costa impregnada de una tranquila placidez. Ni parejas dejando huellas de amor en la arena, ni ancianas con bastón de madera comentando el estado del tiempo, ni interferencias de voces altisonantes. Solo una sombra que se acerca.

Ella desvía la mirada, se detiene en los rulos de la espuma, se abraza las piernas con displicencia y suspira. Alguien ha llegado silenciosamente, tartamudeando un saludo cordial. Allí está, junto a ella, esbelto y fuerte, con los cabellos enmarañados por la brisa cada vez más intensa. Las piernas del recién llegado, plantadas a su lado como columnas lucientes, provocan un suave movimiento de su rostro hacia arriba, hacia el brillo de aquellos ojos pardos, la sonrisa que le suaviza el rostro varonil, la mano tendida invitando al encuentro.

Alicia es sobria y callada, de una delgadez casi translúcida y una mirada que contradice sus modales tímidos. Por esas pupilas se escapan hacia el mundo exterior los reflejos de sus carencias, los deseos encubiertos, las secuelas de una vida solitaria, y una velada complacencia que le sonrío en los ojos. La piel curtida por el sol denota en el cuerpo del hombre un trajinar por los mares de puerto en puerto y el sabor a salmuera de las travesías interminables.

La conversación surge espontánea como una flor que se abre sin permiso de la naturaleza, liberada del cronograma de las estaciones. Simplemente emerge igual a una surgente natural inundando la existencia de Alicia con una presencia inusitada. Cuando progresa la tarde los dos se levantan tomados de la mano como antiguos amantes; musitan confi-

dencias; recorren el sendero que sube desde la playa hacia la carretera que bordea el poblado; se pierden entre las callejas irregulares, deteniéndose en cada puerta, en cada escaparate, mientras observan ávidamente todo cuanto se ofrece a los turistas. Él la mira desde el otro lado del tiempo, como si hubiera vuelto de una larga jornada inmemorial, se pega cada vez más al perfil de su cuerpo, le abraza la cintura, en tanto va desgranando el recorrido de sus aventuras por lugares remotos, ciudades antiguas y las interminables rutas del mar.

Ante la belleza de la cerámica de la región, Alicia se queda embelesada, dudando entre una vasija o las pequeñas mayólicas pintadas con escenas escapadas de un ayer milenario. A ella se le van los ojos tras los colores tenues y los trazos precisos de las figuras que se desplazan en esforzada navegación. Contempla el mar azul, pintado con trazos ondulantes, la cóncava nave con su mascarón enhiesto, la vela a rayas inflada por la tenacidad de un viento que intensifica el esfuerzo de los remeros y, en el medio de ellos, sobre la cubierta, pegado al mástil donde flamea un banderín alocado, el capitán erguido, con su cuerpo semidesnudo. Varios peces curiosos se deslizan al trasluz evadiendo la pala de los remos a contracorriente, y una sirena, desde la superficie de las aguas, levanta los brazos captando con su llamada vehemente la mirada de Ulises.

- Te piache – susurra complaciente su amigo nuevo. Un mudo sí se suelta de los labios apretados de Alicia. Cuando él le entrega el regalo, a la muchacha se le encienden las pupilas como si fueran luceros, y entre risas cantarinas y silencios significativos van recorriendo la aldea hasta detenerse un momento a beber algo fresco. Más tarde, se vuelven a cansar escalando las calzadas que no terminan nunca de buscar el cielo con los techos de tejas y la copa aromada de los limoneros. Por las callejas, que el hombre conoce como sus propias manos, llegan a un lugar apartado: la puerta humilde, las

persianas entornadas, un olor a caracoles resecos al sol emergiendo desde el fondo de la vivienda hasta la entrada, en donde los recibe una mujer de mediana edad y expresión ausente.

Alicia, con el corazón palpitante, se deja conducir hasta un cuarto del cual ha huido la luz con el arribo del ocaso. Por un rato los quejidos lánguidos pueblan el corredor a través de la puerta cerrada, y más tarde, el silencio feliz de los amantes llena con una aureola inusitada la estrechez de la estancia. El callejón, los intrincados vericuetos del poblado, los transeúntes distraídos, reciben condescendientes los obvios secretos del encuentro.

En el balneario, los días se suceden bajo el sol ardiente con el mismo deleite de los bañistas que se ofrecen para que las olas rompan contra sus cuerpos; algunos veraneantes leen sentados en reposeras de lona; una bandada de chiquillos juega ajena al paso de las horas, y ella otea ensimismada la distancia, buscando en la línea del horizonte un mástil emergente.

El verano se ha ido y con él la mayoría de los visitantes. Las agujas de los pinos mediterráneos comienzan a caer como una lluvia castaña sobre el suelo; con el correr del año se intensifica el frío zarandeado por el viento; las santarritas vuelven a florecer en primavera, y el estío llega nuevamente con sus mañanas espléndidas y sus tardes claudicantes.

En Vietri ya la conocen, pero a los recién llegados les sorprende ver cada mañana, frente a la roca de Los elefantes, a una muchacha casi transparente sentada sobre la playa jugando con la arena incansablemente, como si su mano cerrada fuera una clepsidra por donde se desliza el tiempo irremediable. Siempre está allí, absorta frente a la distancia, haciendo montoncitos dorados que el mistral deshace por las noches y ella vuelve a formar con persistencia al día siguiente.

En sus ojos vagabundos, prendidos a la lámina de mar que

se extiende hasta el confín, hay un afán de espera ligado a los barcos que parten y regresan; una terca esperanza deslizándose entre sus dedos, tal los granos de arena que al escurrirse lentamente acarician su piel, mientras ella aguarda al hombre que se ha ido.